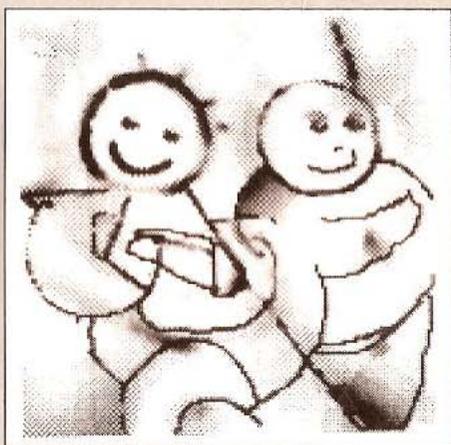


PSICOANALISIS CON NIÑOS

CENTRO PEQUEÑO HANS

*Asociado al Instituto
del Campo Freudiano*



ATUEL

Infancia: niños/niñas

Germán L. García

La interpretación de los sueños relata cerca de veinte sueños referidos a la infancia: desde niños de meses hasta niños de trece años. Algunos directos, otros inferidos, otros recordados. Los sueños van de la pulsión oral hasta la fase fálica (el sueño del diablo del muchacho de trece años). Pero casi todos ellos hablan de la oralidad dejando un *resto* en relación con la "necesidad" a la que se refieren en lo manifiesto. Ese resto conduce, debería conducir, al deseo inconsciente.

El deseo de los padres se traduce en unas técnicas de poder: *hacer creer al niño que es amado, dejarle suponer que por este amor es omnipotente.*

Se trata del niño como inmortalidad de los padres, del niño que se vuelve esclavo del deseo del otro. El destino, incluso, será ese último avatar. ¿Qué otra cosa significa infancia, en Freud? Los llamados sueños infantiles (que pueden ser, también, soñados por adultos) muestran que el deseo es ignorado en la *petición*.

El sujeto sueña la realización de su pedido, el deseo queda ligado al Otro. El infante no desea *como* Otro, no desea al deseante que *es* en el Otro, sino que sueña con ser amado por un deseo que *sería* del Otro. Esta es la realidad de la seducción, el límite puesto a la imposible seducción de lo real: ahí se encuentra el descubrimiento, por Freud, de la fantasía.

¿Qué diferencia hace Freud entre niños y niñas? En los sueños narrados aparece una fundamental: las niñas desean la desaparición (muerte) de la madre y los niños desean la desaparición (muerte) del padre.

Freud dice, por otra parte: “Los sueños de los niños pequeños son con frecuencia simples realizaciones de deseos, y al contrario de los de personas adultas, muy poco interesantes. No presentan enigma ninguno que resolver, pero poseen un valor inestimable para la demostración de que por su última esencia significa el sueño una realización de deseos” (*Interpretación de los sueños*, cap. 3).

Los niños en general sirven como *demonstración* de que los complicados sueños de los adultos *también* son una realización de deseos.

En el mismo capítulo, unas páginas después aparece una aclaración en nota al pie de página: “No debo dejar de advertir que los niños suelen también tener sueños complicados y menos transparentes, y que, por otro lado, también en los adultos se presentan, bajo determinadas circunstancias, sueños de sencillo carácter infantil”.

La oposición entre lo complicado y lo sencillo sustituye entonces a la diferencia “temporal” entre lo infantil y lo adulto. Pero la temporalidad se introduce por otro lado: un sueño sencillo es siempre la realización de un deseo *actual*, un sueño complicado es la realización de un deseo *pretérito*. Tanto niños como adultos pueden soñar con deseos actuales y con deseos pretéritos. Lo infantil de un sueño es la actualidad que predomina en el deseo que realiza. Pero hay que recordar que un deseo actual presta sus representaciones a la realización de un deseo pretérito que carece de representaciones propias y que no hay ningún sueño que responda *solamente* a un deseo actual.

¿Qué es lo que un sueño tiene de actual? Los restos diurnos. Hay sueños donde solamente algún detalle permite deslizarse hacia otro “*tiempo*” en la conexión de las representaciones, mientras que existen **sueños extraños** a los restos diurnos de los que parten. Freud relaciona **esto con el desplazamiento** de las intensidades del deseo en las **cadena de representaciones**. Pero ¿no es el desplazamiento el *deseo mismo*, en tanto que simbólico? En efecto, el deseo se desplaza siempre que no encuentre un “objeto” que aparezca como supuesta “satisfacción” **al responder con puntualidad a una petición determinada**.

Que algo anhelado durante el día aparezca logrado en el sueño muestra la detención del desplazamiento del deseo. En este sentido, los sueños sencillos (de adultos y de niños) aparecen como la desaparición del deseo en la satisfacción de la petición. ¿Acaso “infantil” significa alienación del deseo en el objeto? En el mismo capítulo que comentamos Freud dice: “Un más penetrante y detenido estudio de la vida anímica de los niños nos muestra, sin embargo, que en su actividad psíquica desempeñan un papel importantísimo inadvertido durante mucho tiempo por los investigadores, fuerzas instintivas de conformación infantil, y, por tanto, habremos de dudar de la felicidad que a esta edad (infantil) atribuyen luego los adultos”. ¿No se trata de la misma “atribución” que Freud hace a los sueños infantiles, que tendrían la “felicidad” de encontrar con facilidad un objeto que realiza el deseo? Pareciera que sí, puesto que niega a la vez la felicidad de esta edad infantil y la supuesta sencillez de sus sueños (al decir que *también* los adultos tienen sueños infantiles y, transitivamente, los niños tienen sueños adultos).

Es en una niña —no en un niño— donde encuentra que la metáfora paternal disuelve la supuesta sencillez de un deseo que encontraría su objeto *reproducido* de los que se ofrecen a la apetencia diurna de las peticiones. Esa niña es, por casualidad, su hija: “Admitiendo que las palabras que los niños suelen pronunciar dormidos pertenecen también al círculo de los sueños, comunicaré aquí uno de los primeros sueños de la colección por mí reunida. Teniendo mi hija menor diecinueve meses, hubo que someterla a dieta durante todo un día, pues había vomitado repetidamente por la mañana. A la noche se le oyó exclamar energicamente en sueños: Ana F(r)eud, f(r)esas, f(r)ambuesas, bollos, papilla”. ¿Qué decir de esta escansión del nombre donde el objeto de la necesidad se invierte en la pulsión oral? Freud comenta: “La pequeña utilizaba su nombre para expresar posesión, y el *menú* que a continuación detalla contiene todo lo que podía parecerle una comida deseable”. Pero sabemos que ese *menú*, desde la metáfora del canibalismo, contiene al propio Freud en tanto padre. Ana Fresa de Freud, Freud Frambuesa de Ana: los objetos (fresas, frambuesas, bollos, papilla) que se “alucinan” en este sueño *no* son la satisfacción, sino la fruta “repetida como rebelión” contra la prohibición de comer.

Es poco lo que sabemos de *la fase oral* en relación con la pulsión invocante (muy explícita en este sueño), aunque Freud adjudique a esta fase la constitución de la metáfora paternal (de la *metáfora*, en realidad).

Comer-ser comido se metaforiza para Freud, en una relación con la función del padre, mientras vuelve a la empiria de M. Klein en la des-erpeición de la relación de nutrición (madre-hijo).

La oralidad como satisfacción autoerótica, introduce la pulsión mediante la actividad del chupeteo. ¿Cómo decir que se trata de la relación con la madre? La *incorporación* puede ser escópica, puede ser mediante la respiración (*Hombre de los lobos*).

Laplanche y Pontalis, en su Diccionario, olvidan por completo la relación entre la fase oral y la incorporación del padre. El término "canibalfístico" es deslizado hacia la significación que le otorgara Abraham y luego M. Klein y Bertran Lewin. La conexión entre canibalismo y constitución de la metáfora (paternal) desaparece y la teoría gira en el ternario imaginario de la relación madre-hijo y un objeto (gratificante/ frustrante) que obtura la conexión con el significante falo como ausencia de objeto y conexión con el ternario simbólico de la función del padre.

El deseo será, entonces, solamente actual: petición y satisfacción o ausencia de satisfacción. La madre que va y viene por el espacio imaginario tiene el *deber* de regular sus entradas y salidas en función de un niño que dejará de ser sujeto del Fort-Da, sujeto *por* el Fort-Da.

Si todo el poder está del lado de la madre, toda la responsabilidad estará también de su lado: las fresas y los bollos necesarios, sin ningún nombre articulándose en la escansión del *menú*.

Las niñas de los ojos

En los diferentes sueños de niñas Freud parece seguro de que el deseo de muerte hacia la madre es consecuencia de un solo *lugar*, ocupado por la madre, que la niña quisiera ocupar. Este deseo se expresa, también, de manera oral: *dar de comer al padre*.

En el apartado *Sueño de la muerte de personas queridas*, Freud

escribe: "Una niña de ocho años, hija de un amigo mío, aprovechó una ocasión en que su madre se ausentó de la mesa para proclamarse su sucesora, diciendo a su padre: *Ahora soy yo la mamá. ¿No quieres más verdura, Carlos? Anda, toma un poco más*".

Sin embargo, Freud aclara que esta niña en particular quiere a su madre y cuenta a continuación el sueño de una niña psicótica que desea la muerte de su madre: "En la demencia frenética con que comenzó su enfermedad mostró una especial repulsión hacia su madre, insultándola y golpeándola en cuanto intentaba acercarse a su lecho. En cambio, se mostraba muy cariñosa y dócil para con su hermana, bastante mayor que ella. A este período de excitación surgió otro más despejado, aunque algo apático y con grandes perturbaciones del reposo, fase en la que comencé a someterla a tratamiento y a analizar sus sueños. Gran cantidad de los mismos trataban, más o menos encubiertamente, de la muerte de la madre. Así, asistía la sujeto al entierro de una anciana o se reía sentada en la mesa con su hermana, ambas vestidas de luto".

De aquí Freud concluye que el amor de las histéricas por sus madres, en lo que tiene de exagerado, encubre este deseo de muerte manifiesto en la demencia. Pero, de paso, en esta demencia hay tres mujeres y ningún hombre. Mientras que la niña que alimenta al padre no es una demente.

¿Un padre que *atender* constituye a una niña, de la misma forma que la ausencia de este padre hace una loca?

Imposible no recordar a *Isabel de R* y a *Un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica*. En diversos textos de Freud la niña desea la muerte de la madre, así como el niño desea la muerte del padre. Pero estos deseos no son simétricos: mientras la muerte del padre está en el fundamento de la constitución del niño, la muerte de la madre se sitúa en la imposibilidad de la constitución de la mujer. *Tener* la madre, perderla en el odio, *ser* (al final, en la vuelta climática) la madre.

Entre maternidad y mujer hay algo que no falla, de la misma manera que algo falla entre la niña y el varoncito que ella nunca deja de ser.

¿Por qué el psicoanálisis infantil sigue sin anotar las diferencias entre niños y niñas?

La vuelta llamada Klein

1. El niño goza jugando con las palabras, dice Freud/El niño se angustia al asociar con palabras, dice Klein.
2. En la fase oral se trata de la incorporación del padre, dice Freud/En la fase oral se trata de la incorporación de la madre, dice Klein.
3. La niña envidia el pene, dice Freud/EI niño envidia el pecho, dice Klein.
4. La libido de las mujeres es masculina, dice Freud/El hombre desea parir como una mujer, dice Klein.
5. El excremento es un regalo que el niño hace a su madre, dice Freud/El excremento es el arma sádica del ataque a la madre, dice Klein.
6. La pulsión no tiene objeto, dice Freud/Por la maduración la pulsión consigue un objeto *total*, dice Klein.
7. La maternidad es un síntoma (niño-falo), dice Freud/La maternidad es la realización de la mujer, dice Klein.

Los supuestos de M. Klein oscilan en el interior de los dos discursos fundamentales de la filosofía inglesa: empirismo, idealismo.

El idealismo del instinto (proyección-introyección paranoide-esquizo) es superado por el empirismo del objeto (reconocimiento del semejante, constitución de la realidad). La reparación es empirista, los instintos son idealistas.

Los instintos hablan en el simbolismo de las fantasías, la interpretación nombra la realidad: el fin del análisis es la sustitución de la fantasía (simbolismo) por la realidad (lenguaje del analista).

Melanie Klein opera el pasaje del alemán al inglés, adecuando el psicoanálisis a los postulados de la filosofía de su "cultura". La infancia construida por Melanie Klein existe en la literatura inglesa antes de

su teoría, la infancia construida por Freud aparece en la pedagogía de Kant.

¿Es que los niños y las niñas no dicen nada singular? No hay recuerdos infantiles, sino recuerdos referidos a la infancia: hay un espacio construido por los adultos. La inmortalidad de los padres, negada por la realidad, se refugia en los “hijos”. El niño y la niña, por el deseo de no ver de los padres, son sostenidos en la omnipotencia que supone cierto suicidio imaginario. ¿Acaso los niños no prestan su palabra a la realización de un deseo en los padres?

Cuando el niño y la niña quieren salir de esto producen síntomas que son la angustia de los padres. El síntoma viene a constituirse como *mancha* en el espejo del narcisismo parental. ¿Quién tiene la culpa? La teoría de la seducción comienza a producir efectos. La madre lo mimó demasiado, el padre no le prestó la atención debida. El niño no fue deseado, el niño no fue cuidado. ¿Quién tiene la culpa? La respuesta clásica decía que la madre, la modernidad oscila entre dos culpables: la sociedad y/o el padre.

Cosas que se escuchan

Algunos matrimonios que consagraron su vida a la crianza de los hijos comienzan a ser cautivados por cierto “vacío” al llegar la pubertad de los mismos.

¿Qué pasa con ello(s)? Una cierta mancha en la sexualidad fue borrada por el nacimiento de los hijos. La ausencia de relación sexual fue sustituida por la relación con esos cuerpos.

La pubertad hace retornar en el *seno de la familia* la seducción de los cuerpos, las masturbaciones previsibles, las excitaciones que no pueden nombrarse. El padre se inquieta cuando la hija *toma sol* en la terraza y se pasea demasiado liviana de ropa por la casa. La madre se inquieta porque el hijo *siempre está en el baño*. Los hijos que borraron la mancha del sexo se convierten en el retorno de esa mancha bajo la forma de tentación oscura, de una culpabilidad renovada.

Hay discusiones y la familia se constituye como un cuerpo para-

noico que defiende sus miembros del ataque de los extraños: cuidar de los que rondan la hija, protestar de las amistades (masculinas y femeninas) del hijo, recelarse mutuamente por antiguas relaciones que habían pasado por ser solamente amistosas.

Los hijos son el goce incestuoso de los padres, el sufrimiento de su imposibilidad, la “causa” de sus deseos. ¿Cuántos padres encontraron, casi en el borde de su comedia sexual, una amante de la edad de la hija?

¿Cuántas madres sintieron despertar en ellas cierta vaga inquietud frente a los amigos adolescentes de sus hijos?

Los hijos, el bien supremo vedado. De la misma manera que la madre es el bien supremo vedado para ellos.

Melanie Klein describió las fantasías adultas en relación con los niños y con los hijos, así como la respuesta seductora de los mismos a los pedidos angustiosos de sus padres. ¡Oh, niño terrible que dibujas el cuerpo despedazado de tu madre para que suponga que deseas volver a ella, cuando en realidad sólo pides perderla para siempre!

El malestar en la cultura

Realización de algunos deseos actuales, sueños “sencillos” que sirven para demostrar que en realidad el deseo es otra cosa. ¿Qué quiere decir escuchar a un niño/niña? Escuchar *en* su palabra que presta al deseo de los padres, escuchar *en* su palabra que sostiene la ley del agrado del que lo escucha, escuchar *en* sus síntomas la constitución de un deseo que lo disuelve en tanto “infans” para dividirlo como “parlêtre”.

El niño *obediente* (ob-audire) es hablado, pero allí no hay pulsión invocante en juego. El niño obediente suele rechazar, como por casualidad, la comida. A la inversa, está el niño sano que le come bien a la madre pero se traga muy mal las palabras.

Hay síntomas en el niño, hay también sufrimiento y vergüenza en esos síntomas. Pero existe un sufrimiento *por* la vergüenza que le produce el síntoma frente a la sanción de los padres. En ese sufrimiento por la vergüenza algo se pierde para el niño, algo comienza a volver imposible su posición de soporte del narcisismo de los padres.

El superyó no es la cultura, sino el *malestar* de la cultura. El niño escuchado por Freud es un “juguete erótico”, es el soporte de la infancia de los padres y el sueño de una recuperación del yo ideal de los mismos.

El niño escuchado por Freud tiene un malestar singular: la sexualidad infantil. Poco importa que Freud haya descubierto la sexualidad infantil en general o haya escuchado el momento histórico en que los niños comenzaban a ocupar cierto lugar en la economía libidinal de la familia: lo cierto es que lo infantil se vuelve sexual. El niño no es sólo un significante, sino que funciona como objeto *a*. Pero además, en un momento hasta su función de objeto *a* puede ser abolida al ser tomado como soporte del significante falo. Un significante, una diferencia. Un niño *comparado* con otro niño y que sostiene o amenaza en esta comparación el ideal de los padres.

Lacan ha subrayado en la más neurótica de las perversiones en la llamada homosexualidad, el desafío al padre —su llamada, muchas veces desesperada, caído en las redes de la omnipotencia materna—.

¿Cómo decir que el niño quiere quedarse con la madre, sin decir a la vez que necesita liberarse de ella? La muerte del padre, el amor al padre, la vertiente pasiva del edipo y su relación con la religión: algunos de los temas excluidos del infantil psicoanálisis.

Malestar de los padres producido por el sexo de los hijos, malestar de los hijos por el lugar que ocupan en la trama libidinal de los padres, malestar en la cultura que se designa por superyó: mandato del goce, agujero “obsceno y feroz” de una metáfora fallida, la que da nombre al padre.

Es a ese malestar de la cultura que responden los síntomas de los niños: “Las fobias de los niños pequeños a la soledad, la oscuridad y las personas extrañas, fobias que han de considerarse casi normales, desaparecen por lo general con el transcurso del tiempo.

Las zoofobias, tan frecuentes, siguen la misma suerte, e igualmente muchas histerias de conversión de los años infantiles. Durante el período de latencia es frecuentísima la aparición de ceremoniales, pero sólo un pequeño tanto por ciento de estos casos llega a desarrollarse hasta plenas neurosis obsesivas. Las neurosis infantiles, en

general—dentro de los límites de nuestras experiencias clínicas, circunscriptas a niños de ciudad, de raza blanca, sometidos a altos niveles culturales—son episodios regulares del desarrollo, aunque hasta ahora no se les haya concedido la atención que merecen. En los neuróticos adultos hallamos siempre los signos de una neurosis infantil sin excepción. En cambio, no todos los niños que muestran tales signos llegan después a ser neuróticos. Quiere esto decir que en el curso de la maduración tienen que haber desaparecido ciertas condiciones de la angustia y perdido su significación ciertas situaciones peligrosas. A esto se agrega que algunas de estas situaciones peligrosas logran salvarse y pasar a épocas posteriores, modificando correlativamente su condición de la angustia (...). Otras condiciones de angustia no se hallan destinadas a desaparecer, sino a acompañar al hombre durante toda la vida. Así, el miedo al *superyó*". (*Inhibición, síntoma y angustia*. Cap. 9).

Volvamos a repetir: el *niño* reprime un saber sobre la muerte del padre, la *niña* está pendiente de un amor y sólo se vuelve deseante por una pérdida.

Se puede amar como niña o como niño, pero sólo se puede desear como masculino. El "infante" es el espacio construido por el deseo de los padres, la exclusión de la pulsión invocante.

Si Lacan tiene razón, será necesario pensar la diferencia entre *infancia* (donde el niño encarna el deseo de los padres), *masculino* (como deseante) y *niños/niñas* (queriendo ser deseables). Lo que no puede sostenerse es el tiempo filosófico que supone la diferencia "infancia"/"adultez" en tanto referidos a la duración de una cosa que sería el cuerpo. En cambio, existe un tiempo lógico. Instante de mirar: *infancia*. Tiempo de comprender: *masculino*. Momento de concluir: *niños/niñas*. Pero aquí la diferencia de sexo no significa articulación de la castración sino entrega al lugar deseable. Hacer de hombrecito, hacer de mujercita. Si el instante de mirar de lo que llamamos *infancia* puede ser referido al yo *ideal*, el tiempo de comprender *masculino* se referirá al superyó, mientras que el momento de concluir en tanto que *niño/niña* será instauración de un ideal del yo.

Sin el tiempo lógico, sin el juego imaginario de los ideales, es

imposible salir de los supuestos de la maduración (aunque, por educación, se los deje de nombrar) pulsional.

Muchos adultos son niños y son niñas, concluyeron de alguna forma en esta certeza. ¿Se explica esto diciendo que “reprimen” algo? En el campo de la práctica del psicoanálisis con niños/niñas el retorno a Freud se ha visto afectado por, la supresión de un discurso que no supo proponer algo diferente. En forma vergonzante, en el secreto de la consulta, con los pequeños se sigue haciendo lo que la ternura propia dicta y lo que la experiencia de Melanie Klein obliga.

Contra el psicótico de Melanie Klein, será necesario volver al pequeño perverso y la pequeña perversa de Freud: “Si obramos con prudencia, no haremos más que traducirles a lo consciente aquello que ya inconscientemente saben (...) no se corre nunca peligro de pervertir a una muchacha inexperta, pues en aquellos casos en los que no existe ya un conocimiento inconsciente de los procesos sexuales no llega jamás a producirse síntoma (histérico) alguno. Allí donde surge una histeria no puede hablarse ya de inocencia en el sentido que los padres y los educadores dan a este concepto. En niños y niñas de diez, doce y catorce años he llegado a convencerme de la absoluta exactitud de este principio”. La cita pertenece al *Caso Dora*, es anterior al tierno *Juanito*.

El síntoma es aquí un saber inconsciente, será prudente escucharlo. ¿Acaso no lo hizo ya Maud Mannoni? Es necesario leerla, allí se avanza hacia Lacan sin que exista un verdadero retorno de Freud.

La construcción de la infancia por el psicoanálisis se relaciona con la función del niño en nuestra cultura. Será necesario, entonces, estudiar los niños supuestos en las diferentes pedagogías (la excelente *Paideia* de Jaegger puede ser un punto de partida). El niño supuesto por la pedagogía de Kant no es el mismo que se encuentra en el *Emilio*, siendo éste último quien más convence a los adultos. Un *infante* es deseado, pero la pedagogía existe porque allí también comienza un deseante.

¿No es cualquier análisis el movimiento que conduce del *deseable* que parasita el reconocimiento, al *deseante* que salta al borde del abismo de la causa? El poder es algo que se dice, el psicoanálisis algo que se escucha.